

LA SOBERBIA DE LA RAZÓN Y LA HUMILDAD DE LA INTELIGENCIA

I

1. *La rebelión de la razón y el mundo actual.* — “La razón es la certeza de la conciencia de ser toda realidad”. Estas para mí terribles palabras de la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel señalan el momento supremo del triunfo de la razón (*ratio*) sobre la inteligencia (*intellectus*). La inteligencia, desde San Agustín a Santo Tomás, es la facultad que descubre la realidad humildemente, es decir, que descubre la verdad que la trasciende totalmente y, por eso, ilumina a la facultad argumentativa (la razón) que discurre bajo su luz. La razón es sierva de la inteligencia y mientras ésta simplemente “ve” la verdad, la realidad, la razón oscila entre la certeza y el error. Por eso, para el pensamiento clásico, la realidad (que la inteligencia descubre) supera siempre a la razón y es la total humildad la actitud espontánea de la inteligencia. Sin embargo, desde el nominalismo hasta Hegel, la razón se fue independizando de la inteligencia y colocó primero a la razón y luego al ser hasta el punto que ya no fue el ser la medida de la verdad, sino la razón la “medida” de la realidad hasta identificarse con ella. Hegel puede llegar a decir que la razón es la conciencia de ser toda realidad. La *ratio* ha fagocitado a la inteligencia, se ha identificado con lo real y, por eso, ya nada puede ser “fuera” de la misma razón. La corrupción de la inteligencia (y por eso del alma de Occidente) permite que la razón no esté ya ligada a nada (es absoluta) y como nada puede trascender a la Razón no existe posibilidad alguna para la Revelación cristiana. La *ratio* “explica” el misterio y, por consiguiente, no hay más misterio; el “mundo” se hace uno con la razón y la historia se vuelve un proceso totalmente desacralizado. La abstracción de la *ratio* se vuelve contra el hombre de carne y hueso; por eso, la razón soberbia, rebelada contra la inteligencia en todas las “ideologías” actuales, prefiere sacrificar a los hombres concretos por una abstracción situada en un futuro inasible. Terrible crueldad de la razón autosuficiente cuya tiranía soporta actualmente el hombre; razón sin Dios que ha inaugurado, como quería Nietzsche, el “sentido de la tierra”. Tal es

2. *La anti-sabiduría de la razón prepotente.* — Esta razón que se ha quedado sin el fundamento de la inteligencia por haberse proclamado idéntica a toda realidad, es una razón “ciega” (sin la luz del intelecto teísta) y ha

generado un tipo de hombre, sobre todo un tipo de "científico", de "experto" o de "pensador" que ya no percibe que "tener razón" es distinto de "estar en la verdad". Solamente "tiene razón", en el mejor de los casos, como resultado del ejercicio prepotente de la razón contra los espíritus sencillos; este tipo de hombre que ha generado el espíritu moderno, hace de la razón (y de sus legítimos medios como la erudición, la exégesis, la hermenéutica) el instrumento del orgullo que le impide estar (existir) en la Verdad y le permite "tener" razón y "tener" razón siempre. Cuando Descartes y Pascal se encontraron, para nada se entendieron y el primero quedó disgustado: Descartes representaba la razón; Pascal la inteligencia. Descartes quería "tener" la razón; Pascal se conformaba con estar en la Verdad. El primero pretendía agotar la realidad en la medida de su explicación racional; el segundo sabía que todo lo importante "sobrepasa" a la razón. Pero Pascal no despreciaba la razón. Precisamente porque tanto la apreciaba la quería en su orden natural que no es otro que su subordinación a la inteligencia la cual, humildemente, es intuición, apertura y servicio a la Verdad. Descartes y el racionalismo posterior representan la razón pre-potente. Pascal y, con él, la tradición cristiana, la inteligencia que, modestamente, se limita a "leer" dentro de lo real.

Es, pues, lógico, que la absolutización de la razón y del temporalismo (llamo así al tiempo finito del mundo) sea la gran tentación del intelectual contemporáneo; en el fondo de la razón secularizada, late sutilmente el "non serviam" de los comienzos y el deseo de romper con la inteligencia. Este tipo de hombre os arrojará por la cara lo que "sabe", os mostrará su "razón" de todo y os exigirá la adhesión sin condiciones, adhesión que vuelve imposible la entrega generosa de la amistad. Cálculos, el sofista, luego de teneros sujeto y sometido con su razón, os despreciará; Sócrates, en cambio, ayudará a liberaros del error mostrando, ante todo, su propia nada ante la Verdad que a ambos sobrepasa. Sócrates no os exigirá adhesión sino que os ofrecerá amistad. Entre los filósofos de principios de siglo, ocupó un importante lugar León Brunschvicg, neohegeliano que para nada quería al católico Maurice Blondel. Cuando, luego de la derrota de Francia ante Alemania en 1939, Brunschvicg debió huir a campo traviesa para no ser llevado a los campos de exterminio, fue acogido en una casa del sur de Francia. Su propietario arriesgaba así su vida por él. El propietario era Blondel. La inteligencia humilde sabía que en Brunschvicg existían valores superiores a la razón.

II

1. *La inteligencia contemplativa e intransigente.* — Para la inteligencia, lo primero que cae bajo su aprehensión, es el ser (o la verdad), como enseña Santo Tomás. En tal caso, la inteligencia, en cada cosa (y en sí misma) descubre la verdad de la que participa cada ente. Así, por un lado, debemos admitir una primera contemplación de la verdad y, por otro, que ningún ente *es* la verdad, que ningún ente agota la verdad y que, por eso, todo ser finito remite a la Verdad infinita e imparticipada. De ahí que la inteligencia sea, por un lado, contemplativa y, por otro, teísta porque consiste en remisión a la Verdad subsistente. En ambos momentos la verdad ni es "construida" por la razón, ni identificada con el temporalismo mundano. La razón, iluminada por la verdad (de la inteligencia) argumenta de acuerdo con ella, rendida a la *humildad* metafísica del intelecto que, a su vez, desde su acto primero de

aprehensión del ser, es sumisa (*humilis*) a la Verdad que infinitamente le trasciende. Ella existe, por un lado, como a ras de la tierra (*humus*) y, por otro, abierta interiormente a la objetividad de la Verdad infinita. No es pues la razón "activa", como quería Fichte, negando así la contemplación; es como débil caña (al decir de Pascal) plantada en la tierra y azotada por el viento del mundo, pero "caña pensante". En el *humus* arraiga (de ahí su humildad raigal) y por el intelecto es inseparable del Ser infinito. De ahí que la inteligencia sea constitutivamente contemplativa, no sólo al comienzo sino, sobre todo, al final, cuando, por fin, se adhiera totalmente a la Verdad que es Dios.

La docilidad de la inteligencia —que muestra al hombre su nada y simultáneamente su nobleza— no acepta transigencia alguna con el error y menos aún que éste sea un momento en la evolución del Espíritu o de la Razón absolutizada; de ahí su *intransigencia* total. El hombre contemporáneo se ha habituado —por el despotismo de la razón secularizada— a considerar que "da lo mismo" que una proposición sea errónea o verdadera y tratará de "intolerante" y "oscurantista" a quien (por el influjo salvador de la inteligencia) se muestra intransigente frente al error. La razón inmanentista y desacralizada está bien representada por las palabras escépticas de Poncio Pilatos frente a Cristo: "¿Qué es la verdad?". Y pudo haber agregado: la razón de los hombres ha proclamado como verdad a tantas cosas contradictorias, que no sé qué es la verdad. La inteligencia está bien representada por el Apóstol Tomás (mal llamado "incrédulo") porque las exigencias de su razón (subordinada a la inteligencia) no fueron más allá del límite racional y, cuando Cristo le invitó a meter sus manos en su costado, se rindió totalmente: "Señor mío y Dios mío!".

2. Sabiduría y buen humor de la inteligencia. — La inteligencia sabe que todos los "saberes" del hombre, sumados, son NADA, en relación a la Verdad total. La Razón absolutizada —desde el nominalismo a Hegel— cree que ella es "la conciencia de ser toda realidad", es decir, todo. De ahí que en el reconocimiento de su nada y "llena" de la Verdad trascendente, la inteligencia posee cierto grado de Sabiduría. Porque no "tiene razón" ni "posee" la verdad sino que existe en Ella, la inteligencia consiste en auto-donación a la Verdad. En cambio, el secularismo de la razón independizada ha generado en nuestro mundo el pedantismo prepotente que, por no reconocer, en cada caso, en cada ente, en cada problema, la Verdad que a la vez los constituye y los trasciende, padece de una ignorancia metafísica absoluta; y digo "absoluta" en sentido negativo como lo que no está ligado a nada, suelto y desconectado de todo Fundamento. ¡Cuántas veces, hastiados de esta razón sin inteligencia, encontramos en hombres analfabetos pero sencillos la sabiduría que les es negada a los soberbios!

El secularismo de una razón a-tea se alimenta del desdén que priva de su dignidad (*dedignare*) al hombre concreto; este desdén (que tantas veces comprobamos a nuestro alrededor) despunta en la burla filosa y sin amor de la *ironía*. En cambio, la buena razón subordinada a la inteligencia, desde que descubre el ser (o la verdad del ser) tiene la *alegría* de estar y existir en la Verdad —como proclamaba San Buenaventura— y, por eso, ante su propia nada, no cabe la ironía que zahiere sino el *buen humor* que comienza por reír de sí mismo. El alegre buen humor de la razón-inteligente, no tiene la "seriedad" de los "sabios" de este mundo, ni la tristeza del activismo contemporáneo. La razón-inteligente sabe del ocio-contemplativo y de la paz interior

y, por eso, sabe también regir ordenadamente la actividad humana. Precisamente de este mal está enfermo nuestro mundo de hoy: Padece de la fiebre maligna de las abstracciones —que cuando se encarna en los intelectuales genera el desdén, la soberbia y el odio—; por eso, grande será la sorpresa (y podemos decir esto a la luz de la fe) más allá del tiempo de esta vida, cuando, quizá, lleguemos a conocer quiénes han sido los verdaderamente sabios; cuando la razón, ya definitivamente subordinada a la luz de la inteligencia teísta y contemplativa, comprenda que la salvación del hombre y del mundo de hoy está, precisamente, en un ámbito que la mera razón, en cuanto razón, sabe que le supera siempre. Como muy bien canta la verdadera sabiduría de nuestros paisanos:

*En esta vida emprestada
el buen vivir es la llave,
que aquel que se salva sabe,
y el que no, no sabe NADA.*

ALBERTO CATURELLI
CONICET
Universidad Nac. de Córdoba